

JEAN PAUL DE DADELSEN

CÁNTICO DE JONÁS

TRADUCCIÓN Y NOTA DE AURELIO ASIAIN

Soldado, profesor, periodista, funcionario, colaborador de la BBC en Londres durante la guerra, Jean Paul de Dadelsen fue también, casi en secreto y para sorpresa de algún amigo suyo, un extraño poeta. De la lectura de sus poemas y del perplejo retrato trazado por Henri Thomas en el escaso prólogo a la edición póstuma de Jonás (Gallimard, 1962) me ha quedado la imagen, no sé si mentirosa, de un hombre contradictorio, lúcido y precipitado, melancólico y a la vez nerviosamente activo, bromista y locuaz pero siempre silencioso sobre su propia obra; un bufón irreverente que expresaba a un moralista intolerante y que, autor de un largo poema llamado "Bach en otoño", no hablaba nunca de música ni de literatura.

No debe sorprendernos que Dadelsen, perpetuamente insatisfecho con sus poemas, apenas haya publicado en vida en tres ocasiones. Al morir, en 1957, de un cáncer en el cerebro, dejó sólo una serie desordenada de manuscritos que su amigo Albert Camus (quien dos años antes había hecho publicar "Bach en otoño" en la N.R.F.) tampoco tuvo tiempo de preparar para la imprenta, y que verían finalmente la luz gracias a los esfuerzos de Henri Thomas y otros fieles, en una edición que no se ha reeditado.

Tampoco esto debe sorprendernos. Las literaturas europeas se despliegan según ritmos muy distintos y Dadelsen, alsaciano, viviendo en Londres y seguramente lector de Eliot, no parece un poeta francés. Espíritu profundamente religioso, roído por la duda y tentado por la desesperación (aunque no tengo noticias al respecto, tengo la impresión de que fue un católico abismado a la vez por la tragedia del judaísmo y el contacto con la cultura protestante), escribió un puñado de poemas en los que la mitología bíblica, la visión de lo sagrado y la experiencia de la guerra son el fondo de una

violenta crítica moral de nuestra época. Una crítica que, me parece, fue vivida por Dadelsen como una crisis de lenguaje. Sus poemas, ceñidos a veces a las formas tradicionales más artificiosas, a veces abandonados al fluir sonámbulo del versículo, dan cuenta de un oído atento siempre al ritmo y las maneras de la conversación y dejan oír una voz tan pronto capaz de una suntuosa solemnidad como del más violento sarcasmo; a la vez — y de ahí su vitalidad y su fuerza —, son poemas tejidos por una conciencia irónica que duda, ante todo, de su propio lenguaje. Pero resulta difícil hablar del estilo de Dadelsen; las pocas páginas que de él nos quedan (las reunidas en Jonás y unas pocas más, todavía inéditas) son más las huellas de una búsqueda apasionada que el resultado de un encuentro definitivo. No creo que haya sido un gran poeta: creo que en su voz hay el eco de una vocación indudable y el acento de un espíritu cuya ausencia hay que lamentar en la poesía europea contemporánea.

Mucho de lo anterior no es perceptible en una traducción, en la que ante todo se pierde el efecto extrañísimo de estar leyendo algo que parece ajeno a la tradición poética de la lengua original. El fragmento que he intentado traer al español forma la tercera y última parte del poema "Jonás", en el libro del mismo nombre. No es, quiero aclararlo, el que prefiero de Dadelsen (me gustan más "Grand livre" y "La femme de Loth", por ejemplo, más largos, más artificiosos y de los que tengo versiones que me satisfacen menos), pero sí uno de los que mejor lo representan. Es, además, el primero que leí, en una antología norteamericana de poesía francesa, meses después de oír su nombre por primera vez, mencionado al paso por Octavio Paz en una conversación, y años antes de dar con un ejemplar de Jonás en una biblioteca. Le tengo cierto afecto.

CÁNTICO DE JONÁS

No estamos ya en edad de lamentarnos.
¿Y habrá de veras algo que lamentar?
Hace mucho que fuimos expulsados de la ballena materna.
Pasamos por el vientre de la ballena guerra,
Que de nuevo nos escupió en la orilla.
Quejumbrosos o fanfarrones, no estamos ya en edad.

Al final de una frase, decía Jonás, yo pongo siempre un punto.
Y mayúsculas al comienzo de cada línea, pero eso sólo porque así
Es más agradable a la vista —cualquier impresor lo sabe.
Desde luego, para el que oye leer a otro no es lo mismo:
Tanto le da a él que haya mayúsculas.

Sin embargo, Señor... —y, en verdad, esto que digo
No lo digo para elevar mi voz contra el Eterno:
Es contra mí, en todo caso, y para rumiar mi locura,
Este sabor amargo en mi boca sin dientes.
Es contra mi locura y contra mi vacío,
Que de mí mismo hace una ballena
De vanidad, un globo hinchado.

Pero en ausencia del Señor me siento y me entristezco.

¿De qué, con todo, de qué se lamentaba Jonás?
Estoy vivo, decía Jonás, no tan vivo quizá
Ya que el Espíritu me visita tan poco, si me visita,
Pero estoy vivo, llena la boca todavía
De mar y de los acres humores de la bestia
Y no repuesto aún del todo del mareo.
Pero, en suma, las cosas no se puede decir que marchen,
Y cuando las cosas no marchan, entonces hay que hacer que marchen.

Palmas, aves de paso en ese cielo verde
Por el borde del agua, la tarde aún ardiente
Encallado en la costa de Brasil alcé los ojos
Y di gracias al Eterno que me tenía en su mano.

Con todo esto no estoy acusándome
Ni intento, en fin, justificarme.
¿Para qué? He mentado muy poco, he matado de hecho
Y rara vez en pensamiento; por lo demás, es claro,
Gandul y adulador y hasta quejica,
No soy nadie, en definitiva, especialmente interesante.
Oh licuefacción metafísica, búdico ahogamiento
Oh dispensa de componer una persona superflua.
Oh lasitud y secreto deseo de finalmente perderse de veras
En las tinieblas internas de alguna ballena definitiva.

Dinos que acaba la noche, centinela.

Buena cosa, de buena ley, buena suerte,
Buen uso de mi buen derecho,
Buen aire, bueno para todo, buen muchacho,
Buena vida, bueno para nada,
Si las cosas no marchan, entonces hay que hacer que marchen.

Ah, la época es interesante!: tomen nota
ah, el yo es interesante
pero quien está establecido, quien vive entre una cosa y otra
quien no ama bastante ni a su Yo ni a Dios
quien ha sido expulsado de las tinieblas de la ballena personal
a una orilla vacía en la que no ha sabido hablar a Dios
ése, ¿qué hará?